



Jeromín

• 10 • céntimos

AÑO II

Revista para los jóvenes.

MADRID

NUM. 73.

EL CINE DE Jeromín

LA CASA JEROMÍN PRESENTA
a **TENAZAS**



EN
EL QUESO DE BOLA

EL NEGOCIO MARCIA
VIENTO EN POPA

¿Y ESO QUE ES?

NO SEAS IDIOTA,
NIÑO. POPA QUE RE-
PECIR ALGO ASI CO-
MO UNA LAPELA



SI SEÑORA AHORA MISMITO LE-
MANDO CIENTO KILOS DE QUESO
CON EL NIÑO



Y LUEGO QUIERE
MI MADRE QUE
YO SEA UN BUEN
MOZO

¡SE ACABÓ EL QUESO DE BOLA!
VAN A CREER LOS CLIENTES QUE
ESTO ES UN TIMO Y DIRAN QUE SE
LA HE DADO CON
QUESO



¿QUE VEO? ¡UN PRECIOSO
QUESO! Y QUE ESTE DEBE SER
DE LOS BUENOS, PORQUE
ESTA POR LAS
NUBES



TENAZAS ERA UN COMER-
CIANTE DE COMESTIBLES QUE
SOLO TRABAJABA UN ARTICU-
LO: EL QUESO DE BOLA. ERA
DE LOS QUE COBRABAN ADE-
LANTADO, PUES NO SE FIABAN
MUCHO DE SU CLIENTELA,
FUTBOLISTAS Y JUGADORES
DE BILLAR, QUE COMO TODO
EL MUNDO SABE, SON AFICIO-
NADISIMOS A LAS BOLAS, POR
LO QUE CONSUMEN MUCHO
QUESO DE IDEM. UN DIA FUE
TANTO EL CONSUMO, QUE SE
AGOTÓ EL QUESO, SIN PODER
SERVIR TODO LO COBRADO DE
ANTEMANO. ¡QUE CONFLICTO!



PERO ES EL CASO QUE UN AS-
TRONOMO QUE HACIA OBSER-
VACIONES EN EL QUESO, DIGO
EN LA LUNA, PUES YA HABRAN
COMPRENDIDO QUE SE TRATA
DE LA LUNA, DENUNCIÓ EL
ROBO A LA POLICIA; POR
OTRA PARTE LOS CLIENTES,
AL PROBAR AQUEL QUESO, NO-
TARON QUE SABIA A «ALUNA-
DO» Y TAMBIEN DENUNCIA-
RON EL CASO A LA POLICIA. EN
FIN, QUE EL POBRE TENAZAS
FUE METIDO EN UN CAMION,
YENDO A PARAR CON SUS HUE-
SOS A LA «LUNA» DE LA CAR-
TEL MODELO

TENIA TENAZAS UN CHICO
REPARTIDOR LA MAR DE LIS-
TO, EL QUE APERCIBIDO DEL
APURO DE SU AMO, RECORDÓ
QUE, AL PASAR POR LA IGLE-
SIA, HABIA VISTO JUNTO A LA
TORRE UN HERMOSO QUESO
DE BOLA UN POCO MELLADO Y
RESOLVIÓ IR POR EL. BUSCAN-
DO LA VUELTA AL SERENO, GA-
TEÓ HASTA LA VELETA DE LA
TORRE Y COGIÓ EL MAGNIFI-
CO QUESO Y SE LE LLEVÓ
TRIUNFANTE A SU AMO, QUE
COMENZÓ A HACER TROZOS,
PARA SERVIR LO PEDIDO.





¡España! ¡España!



La plaza estaba sitiada: el enemigo había abierto zanja y parapetos alrededor de la ciudad, desde los cuales hostigaba sin cesar a los defensores, que respondían con toda la bravura que prestan la confianza en la defensa de una causa justa y el amor a la Patria, que ejércitos extranjeros pretendían sojuzgar. Los defensores de la ciudad sitiada eran hermanos nuestros; bien claro lo atestiguaba su valor indomable y su energía arrolladora. ¡Españoles! ¡Hijos de España!, que con tesón admirable defendían la enseña gloriosa, la sacrosanta bandera,

que, agujereada, rota en jirones por los balazos, ondeaba orgullosa en el torreón más alto de las murallas.

Detrás de los reductos se inflamaban de fuego patriótico los corazones. «¡Resistir! ¡No desmayar!», decían los bandos que el comandante español mandaba pegar en las esquinas; pero aquellos españoles no necesitaban de tal estímulo. Sentían en sus venas correr la sangre impetuosa; eran leones dispuestos a defender su pueblo, y estremecidos de entusiasmo, disparaban sin tregua desde las troneras y salían a pecho

descubierto cuando el enemigo intentaba asaltar las murallas, de las que eran siempre rechazados.

Cuando el señor Tomás, el viejo sargento, llegó aquella noche a su casa, ya le esperaban su mujer, la buena Antonia, y Roberto, su hijo, niño de unos catorce años. «¡Antonia!—exclamó el señor Tomás alegremente—. Hoy también les hemos zumbado la pandereta a los franceses. ¿Y tú?—continuó dirigiéndose a Roberto—. ¿Dónde has andado?» «He estado con el batallón del capitán Albert—respondió el mu-



chacho—. También nosotros nos hemos portado. ¡Si hubiera usted visto cómo los hemos hecho correr delante de nosotros!...

«¡Bravo!—respondió el veterano—. Eres muy chico. ¡Pero no importa! Lo que hace falta es tener corazón, amar a la patria y fuerza para sostener un fusil. ¡Antonia! ¡Antonia! Dale un beso al muchacho, que hoy ha estado hecho un hombre.» Roberto, alborozado, recibió el beso de su madre: se sentía feliz por haber contribuido a defender la ciudad; por eso prestó gran atención a las palabras que su padre continuaba diciendo: «España, hijo mío, es la madre

común, el alma de todos nosotros y el orgullo de nuestros corazones. ¿Ves a esos que nos tienen sitiados y quieren mandar en ella? Pues hazte cuenta que quieren robarnos el alma y el corazón; nuestro corazón, que es este suelo que pisamos, y nuestra alma, que es esa bandera que ves colocada en el torreón, y que Dios, que nos ha concedido la dicha de ser españoles, no desamparará.»

Y luego, dirigiéndose a su mujer, exclamó: «Bueno, yo me voy, que esta noche estoy de guardia.» Y besando cariñosamente a la madre y al hijo, salió a la calle.

Roberto, en seguida, pidió permiso a su madre, y cuando ésta se lo hubo concedido, encaminóse a buscar el batallón del capitán Albert, que daba guardia a la puerta principal de la ciudad; los soldados le recibieron con regocijo, por ser hijo del sargento Tomás y por haberse portado aquella tarde en la pelea como un hombre.

Un rato llevaría allí comentando sus hazañas, cuando salió un suboficial exclamando: «¿Está el pequeño?» «Presente—dijo Roberto incorporándose, «Pasa—dijo el soldado—. El capitán te llama.» Roberto, temblando de alegría, siguió al soldado,



que, inmediatamente, le condujo a presencia del capitán.

«Pequeño—dijo éste—. Vas a salir al campo, y de una carrera vas a llegar al fuerte de la hondonada y entregarás este papel al sargento de guardia; además le dirás de palabra que el santo y seña para esta noche es ¡España! ¿Te has enterado bien? ¡España!» «Sí, sí—respondió el muchacho—. ¡España! No se me olvidará.» «Y no tengas miedo—repuso el jefe—, pues los franceses no andan por esta parte y el fuerte está a cinco minutos.» «Aunque los

franceses estuvieran cerca y el fuerte lejos, no tendría miedo—contestó Roberto orgullosamente—. «Bien, bien; así me gusta. ¡Dejad paso al pequeño!—ordenó el capitán; y acariciando los rubios cabellos del muchacho, exclamó:— ¡Eres un valiente, pequeño; ve y que Dios te guíe!»

Roberto salió al campo; la noche era oscurísima y sólo se vislumbraban los faroles del fuerte, y allá lejos, en la explanada, las llamas de las hogueras de los franceses. «No hace falta correr—pensó—; el fuerte está cerca, y en diez minutos estaré allí.»

Pero en aquel momento unas manos de hierro atenuaron su garganta, una bayoneta brilló ante sus ojos, y unos brazos hercúleos le derribaron. Quiso gritar y no pudo, quiso moverse y no lo consiguió; se sintió levantado del suelo, arrastrado entre la maleza, y cuando a la incierta luz de las estrellas pudo reconocer a sus agresores, vió con espanto que tres soldados franceses le conducían en volandas, prisionero, hacia el campamento enemigo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

UN PINCHAZO EN EL CAMINO Y EL INGENIO DE RUFINO



Rufino ha comprado un auto y se pasea ficto, pues no llevaba rueda de repuesto. De pronto vió allí cerca un barquichuelo y resolvió el problema; cogió una de las al-

mohadillas de tope del barco, la puso en lugar de la rueda estropeada y se fué tan contento.



DIOS NO QUIERE CORAZONES DIVIDIDOS

Un sabio mandó pintar un cuadro en el que un hombre tenía en las manos el corazón dividido en dos partes, una de éstas en cada mano. Una parte se la daba al mundo, que, como es tan ruin y con cualquier cosa se conforma, la aceptaba; la otra parte se la daba a Dios, el que la rechazaba diciendo: «O todo o nada.» Pues eso es lo que pretenden hacer algunos cristianos: dividir el corazón, ó sea su amor, entre Dios y el mundo. Algunos, por la mañana, oyen misa y hasta comulgan; por la tarde asisten a funciones escandalosas de cines y teatros ó a reuniones en que reina el impudor y la vanidad. Pues ya saben: Dios no acepta medios corazones: «O todo o nada.»

No quiere esto decir que esté prohibido el divertirse ni que se esté siempre rezando; lo que se quiere decir que rezar por la mañana y pecar por la tarde, es tratar de engañar a Dios, y a Dios nadie le engaña.



JUEGOS DE NIÑOS

JUEGO DE BOLAS

Otra variedad es la llamada «Al hoyo». Se hace en el suelo un hoyo, no muy grande, y a ocho o diez pasos del hoyo, una línea, desde la que deben tirar los jugadores. Para ganar hay que hacer un número de tantos, determinado de antemano; el que logra meter la bola en el hoyo gana diez tantos. Las bolas que no entren en el hoyo se dejarán en el lugar que caigan, y los jugadores pueden tirar sobre ellas antes de tirar al hoyo; si logran tocar una bola ganan diez tantos y siguen tirando, ó sobre las otras bolas o sobre el hoyo, hasta que pierdan. Cuando todos, menos uno, han hecho los tantos convenidos, se le concede un tiempo determinado para que pueda meter en el hoyo diez veces su bola; si no lo logra, debe poner su bola para que todos los jugadores la calen tres veces; si se la rompen, debe poner otra. Al repetirse el turno, cada jugador tirará desde el sitio en que esté su bola.

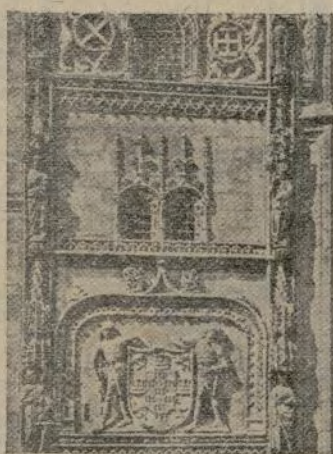


LA CAMPANA DE BUZOS

¿Habéis oído hablar de lo que se llama «Campana de buzos»? Pues para que os forméis una idea de lo que es, voy a deciros la forma de hacer un experimento que os dará esa idea. Llenáis de agua una vasija grande, un cubo, por ejemplo; y cogiendo una copa de cristal, la introducís, boca abajo, en el agua de la vasija, procurando que al descender no se tuerza a uno u otro lado. La copa, introducida de esa forma, quedará llena de aire, de tal forma que un ser vivo podría respirar perfectamente dentro de ella y moverse libremente. Si queréis convenceros de ello, ponéis en la copa, antes de introducirla en el agua, dos o tres moscas, y las veréis volar y moverse como si estuviesen fuera del agua. Pues bien, figuraos una copa muy grande, lo suficiente para que quepa un hombre y pueda moverse dentro de ella, y tendréis lo que se llama «Campana de buzos».



ESPARA MONUMENTAL



LA CATEDRAL DE BURGOS

Entre las diversas capillas de la Catedral de Burgos sobresale, por su artística y suntuosa ornamentación, la llamada del «Condestable». Fué construída a mediados del

siglo xv, y pertenece, por lo tanto, a la época, en España, del gótico florido. Ella, por sí sola, es uno de los más bellos monumentos españoles. Puede formarse idea de tan preciada y famosa joya de arte por las

fotografías que hoy publicamos. La primera representa el interior de la capilla; la segunda, un detalle de su exterior; la tercera, detalle del ingreso a ella, y la cuarta, su bóveda.

Ayuntamiento de Madrid



Cascarilla



Cascarilla y su borriquilla van tranquilamente por la calle de Atocha, cuando...



Un manguero, que estaba regando, se le fue el chorro y les propinó una ducha.



—Esto no queda así, Cascarilla, dijo la burra. Y disimuladamente



Se fue adonde estaba el manguero, y, por detrás, puso una pata sobre la manga.



Al no salir el agua, fue el manguero a ver si estaba atascada; quitó entonces la burra la pata y...



PEQUEÑO, ARREGLA CON EL RODILLO ESTE SUELO.



¡QUITA, IDIOTA! ¡SE VAN PARA MILA PROPINA!



¡ATIZA, LA VELETA! ¡MENUDA BRONCA ME ESPERA!



¡BRAVO, MUCHACHO! ¡OMA ESTE DURO EN PREMIO A TU APLICACIÓN!

...CHISTES...



—¿CÓMO? ¿CON OCHO AÑOS Y NO SABES LEER? —USTED PERDONE, NO LO CUMPLI HASTA MAÑANA.



—¡POBRE ALFREDO! ¡VENIR A PARAR AL CASO DEL TIEMPO A SERVIR EN ESTE RESTAURANTE! —¡SI, PERO YO NO COMO AQUÍ!



—¡POR QUERER DARLE DE COMER SE HA ESCAPADO! ¿VES? —¡OH!

Maravillosa Historia de Jeromin



puso tieso, como un soldado ante su coronel, y permaneció inmóvil. Así pasó una hora y otra, viniendo a los que se detenían curiosos ante el escaparate, divirtiéndose la mar con los niños caprichosos y mal educados que cogían rabietas porque sus padres no les compraban los juguetes que se les anto-



ta luz y se puso a curiosear todo cuanto en el escaparate había. En un rincón vio una escopeta, la cogió y apuntó con ella a un lorito de celuloide que se movía en un trapezo colgado del techo, dió al gatillo y salió el disparo, cayendo el lorito al suelo, herido por la bala de corcho con que estaba carga-



Horar escandalosamente; todos los muñecos, en fin, protestaron de mil formas, armándose un alboroto descomunal, JEROMIN se reía descaradamente, lo que despertó general indignación. Un futbolista le tiró el balón, y dos guardias, sacando el sable, pretendieron agredirlo. JEROMIN, viendo la cosa se-



—¡PRONTO ME LE VES A MI MÁS! —¡LE PERDISTES PARA SIEMPRE!



¡Jahan. Llegó, por fin, la hora de cerrar el escaparate, un empleado apagó la luz y quedó todo sumergido en la más densa oscuridad. JEROMIN, cansado de estar de pie, se tendió en una cama turca de juguete, claro es, que había en el escaparate. A eso de la media noche se levantó, dió la llave de



la escopeta. Todos los muñecos del escaparate despertaron por la detonación, comenzaron a gritar protestando de tal atentado. Una muñeca de biscuit, que era duquesa del tiempo de Luis XV, se desmayó, unos payasos comenzaron a dar volteretas, y media docena de «bebés», asustados, empezaron a



ría, montó en un automóvil, dió al resorte y comenzó a correr, derribando cuanto había en el escaparate y atropellando a un guardia de la porra que se interpuso, indicándole que estaba prohibida allí la circulación. En esto cantó un gallo, indicando que iba a salir el sol, y todos los muñecos quedaron in-



—¡VEN, VEN, RICO TÓMATE LA COMIDITA QUE TE DA TU AMITA! —¡SERA! ¡SIN VERGUENZA!

Repollo



—¿POR QUÉ ME QUEJAS? —¡RRR PEGAR ES TE TÍO?



—¡VERÁS AHORA!



—¡ZASI!



—¡GRRR!

...CHISTES...



EL NIÑO.—PAPA, HAY UN POCO DE AGUA EN LA BARCA. ¿QUITO EL CORCHO PARA VACIARLA?... —¡LLEGA USTED TARDE, EL SEÑOR ACABA DE SALIR....

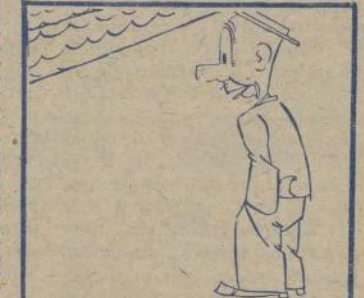


—¡GRACIAS TORTUGUITA! ¡TE HERECES LAS DOS OREJAS Y EL RABO! —¡AQUÍ LE TENÉIS OTRA VEZ!

Repollo



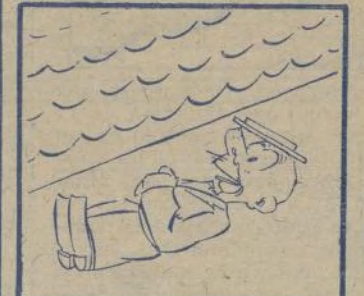
Me voy a la playa. Tengo ganas de tenderme en la arena.



—¡Oh, qué hermoso el mar! ¡Qué olas, parecen una ondulación amarceln!



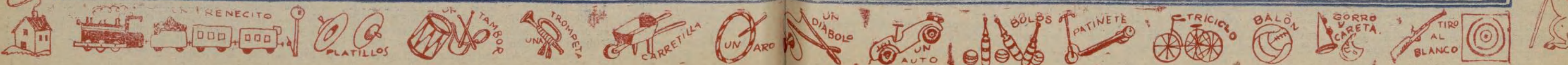
—¡Ea!, me sentaré un ratito, hasta que empiece a soplar la brisa.



La gente se ríe de mí. ¡Serán patitos que no entienden de higiene!



—¡Centellas! ¡Si era un anuncio! ¡Ya me explico la risa!





Cuentos fantásticos

AVENTURAS MARAVILLOSAS DE «TARRETE» Y «MANTECÓN»

(Originales de Manuel G. Bengoa)

SEGUNDO EPISODIO

EN PODER DE LOS IPORRONCIACOS

Sobre la toldilla del *Nepomuceno*, sentados en cómodas mecedoras, Tarrete y Mantecón pensaban en el berenjenal en que se habían metido. Lo primero que hicieron el día anterior en cuanto se vieron en poder de las 500 pesetas, fué comer hasta sentir cómo se estraba la piel de sus estómagos; después pensaron en la conveniencia de embolsarse lindamente las 500 leandras y dejarse de iporronciacos, misterios, cajitas y fórmulas mágicas, pero la ciencia de la vieja bruja les tenía un tanto escamados, y pensaban que si hablando con 700 gatos pardos había descubierto el secreto de la fórmula mágica, le bastaría hablar con un minino, aunque fuese rubio, para descubrirles a ellos, aunque se ocultaran en el interior del caballo de bronce de la Plaza Mayor. Y por estas y otras razones que sería prolijo enumerar, se encontraban a la sazón a bordo del *Nepomuceno* y sin saber adónde irían a parar sus huesos, suponiendo que quedara alguno sano, con el dichoso memento que se traía el guasón del *Nepomucenito*, que se había propuesto hacer arrojar la primera papilla hasta a la perra de lanas de la señora del comandante.



¡Señores, qué balanceo! El barco saltaba sobre las olas como una bailarina loca; Tarrete, que había estado empleado en un «tióvivo» y estaba acostumbrado a las vueltas, se defendía medianamente, pero Mantecón, que el único tío vivo que conocía era un hermano de su padre que vivía en Guadalajara, las estaba pasando negras, moradas, azules y de doscientos mil colores. Pero como todo llega en este mundo, llegó el *Nepomuceno* a dar vista a las costas de Orán, cuando ya el bueno de Mantecón había expulsado hasta la solitaria que tenía desde niño.

Lo primero de que se preocuparon al desembarcar fué buscar un intérprete, ya que lo único que conocían del francés era *merci* y *au revoir*, aunque Mantecón, que se las daba de poliglota, aseguraba que *achanta* la muy pertenecía también al idioma galo.

Media hora llevarían indagando, cuando acertaron a pasar por un establecimiento que ostentaba este rótulo: «Libros antiguos, medios y modernos», y a Tarrete se le ocurrió que más fácil les sería encontrar en la librería un manual francés-español que no un intérprete en Orán, y puestos de acuerdo, entraron en la tienda y comenzaron a revolver estanterías. Unos minutos llevarían rebuscando, cuando de pronto Mantecón lanzó un grito formidable: «¡Ay mi respetable mamá política! ¿Qué veo? ¡Ah! ¡Oh! ¡Ah!», y agitaba entre sus dedos un pequeño librito; presagiando algo

importante, Tarrete se aproximó y apoderóse del libro; mas no bien lo tuvo en la mano y pasada la vista por la cubierta, lanzó un grito estentóreo y cayó desmayado sobre una escupidera; no era para menos el librito; se titulaba *Usos y costumbres de los iporronciacos*, y en la segunda hoja traía un mapa del camino a seguir hasta su territorio.

Repuesto del desmayo y secada la cabeza, los dos amigos, sin acordarse de pagar, agarrados del brazo, salían cantando con todas sus fuerzas:

«Viva, viva JEROMÍN,
de los niños la alegría», etc.

Pero calmado un tanto su entusiasmo, comenzaron a estudiar más detenidamente el librito hallado por Mantecón, y bien pronto fijaron la vista, aterrados, sobre una noticia que decía así: LOS IPORRONCIACOS: *Salvajes antropófagos de los peores instintos; se alimentan de carne humana, habiendo hecho víctima de su apetito y fieras intenciones a todo ser humano que ha caído en sus manos carniceras.*

«¡Bueno, Tarrete!—exclamó Mantecón—. Yo me vuelvo a España esta misma tarde, aunque sea a nado; a mí iporronciacitos, no.» Pero Tarrete, que como hemos dicho tenía más valor que el Gallo, exclamó, zarrandeando a su compañero. «¡Tú te quedas aquí, so... Cagancho!» y Mantecón, que tenía fe, si no ciega, por lo menos miope, en su camarada, se encogió resignadamente de hombros, dispuesto a combatir por encontrar la fórmula mágica con todos los iporronciacos y requeteiporronciacos de la tierra.

Aquella noche se disponían a acampar al abrigo de los árboles que crecían en la hondonada. Siete días llevaban caminando, sin apartarse un punto de las líneas del plano, y el corazón les anunciaba que bien pronto habían de dar vista al territorio tan deseado y temido a un tiempo. Habían acordado, en vista de que el asunto iba sobre ruedas, hacer el viaje en bicicletas; y dos de estas máquinas, juntamente con unos morrales repletos de provisiones, constituían la impedimenta de la exploración. ¡Ah! Tarrete iba armado de un trabuco naranjero, que, con un pistolón de dos cañones que portaba Mantecón, eran las armas de fuego con que contaban, incluyendo un mechero automático y una cocinilla portátil.

Como íbamos diciendo, nuestros expedicionarios, rendidos, se dispusieron a dormir, cosa que consiguieron al instante, soñando ambos con que al día siguiente llegaban a la tribu de los iporronciacos y se apoderaban de la fórmula mágica. Pero ¡ay! ¿A qué extraños designios están sujetos los seres humanos! En lo mejor de su sueño, Tarrete sintió que le arreaban unos cuantos estacazos, que le hicieron prorrumpir en una serie de exclamaciones:

Y cuando pudo mirar a su alrededor, vió que al pobre Mantecón unos negros corpulentos de malísima catadura se le llevaban atado con una cuerda, y con espanto sintió que otros negros le echaban a él una soga al cuello y le hacían caminar detrás de Mantecón, sacudiéndole palos con el revés de las lanzas.

Así caminaron media hora, hasta llegar a un poblado donde fueron recibidos con indescriptible algarabía. En seguida les ataron a un poste, rodeado de haces dispuestos para prenderlos fuego y asar a los dos prisioneros; y los negros, lanzando estrepitosos alaridos, comenzaron a bailar desenfrenadamente alrededor de los prisioneros.

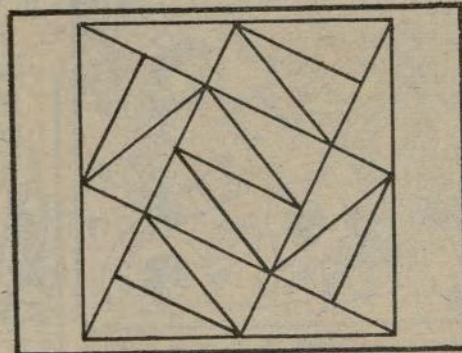
FIN DEL SEGUNDO EPISODIO

Ayuntamiento de Madrid

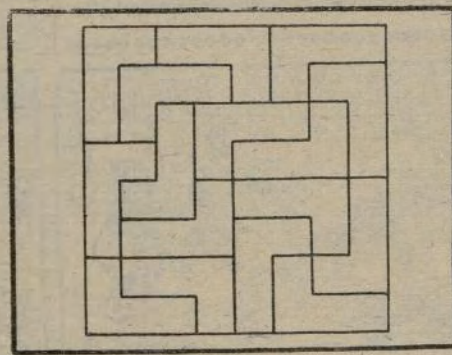


Queri 2A quitos:
men es una D
LA co SA + De
LA co SA + De
NOTA que + DD PRE tigia
y NOTA que + da
nos OK ona so.
ciedad. NOTA mutua fe
entre LO es neces-
ria A social.
DD A parece NOTA
surgen LO celos
DD confianzas y ot
ma LE-LE que hacen im-
po ble toda obra
comin. X es socie-
dad rechaza y DD pre-
cia mentir.
No caigais vosot en
vicios tan os. Jeromin

PROBLEMA



Recortar las figuras y triángulos del dibujo y con ellos formar una cruz griega o de brazos iguales.



SOLUCIÓN DEL PROBLEMA DEL NÚMERO ANTERIOR

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

- 1.º ¿Cómo se entera el estómago de que va a entrar la comida?
- 2.º ¿Cuál es la cosa muy baja?

En este viaje se contagió de la afición a los descubrimientos, que empezaba entonces a dominar en todas partes. Al regresar (Continuará.)



RECREO E INGENIO

PARECIDO

—En qué se parecen un pavo y una vela? —En que los dos tienen moco.—*Ricardo Rodríguez*. Villar del Río.

CHISTE

El profesor.—¿Cómo murió Napoleón?
El discípulo.—Descuartizado.

El discípulo.—Descuartizado.

El discípulo.—Sí, señor; ayer vi un anuncio de cine en que se ponía a Napoleón en seis partes.—A. Martín. Melilla.

COLMO

—¿Cuál es el colmo de un calvo? —Comprarse una gorra que le vanga al pelo.—*Julio Marcos. Ciudad Rodrigo.*



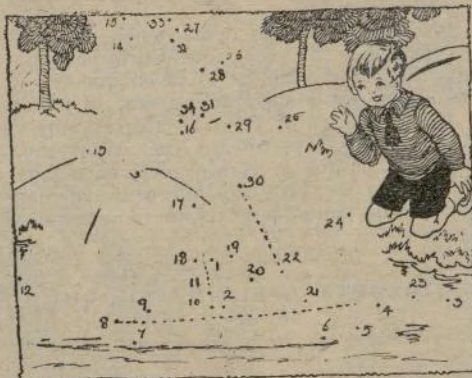
HARTZENBUSCH.

y en sus fuerzas muy valiente,
tiene boca de serpiente
y cuerpo de calabaza;
ésta vuela y corre y caza
y ha los pies en la cintura,
y es tan sabia criatura
que en prudencia me embaza?
(Las soluciones en el próximo.)

SOLUCIONES DEL ANTERIOR

- 1.^a El hacha.
- 2.^a La manzanilla.

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos del 1 al 34, y descubriréis el enigma del dibujo.



¿Cómo os arreglaréis para atravesar con la flecha todos los globos, disparándola sólo tres veces?

LA MAS AMENA Jeromin LA MAS INSTRUCTIVA

REVISTA ILUSTRADA PARA JÓVENES
SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALDERÓN DE LA BARCA, 4. MADRID
• • • TELÉFONO: 18491 • • •

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEMPLAR, AÑO 5,20; POR PAQUETES, A RAZÓN DE 8 CENTIMOS EJEMPLAR

♦ LOS PAGOS ADELANTADOS ♦

CUPÓN
Vale para
un
solo
trabajo.



El pequeño Edric, pastor de los rebaños de un rico señor feudal, conducía su rebaño a través de un espeso bosque. Como a causa de su oficio permanecía la mayor parte del día ocioso, en estos ratos se dedicaba a entrenarse en disparar el arco. Cierta día, y a su paso por el bosque, acertó a pasar junto a un grupo de arqueros que se adiestraban firando al blanco. Edric,

que le gustaban todos estos ejercicios, se quedó parado mirando y apenas pestañeaba, por no perder ni un detalle. Edric de buena gana hubiera hecho también algún ejercicio, pero no se atrevía a solicitarlo de los arqueros; por fin se decidió, y al solicitarlo la única respuesta que recibió de uno de aquéllos fue: «Pero infeliz, ¿te quieres comparar con nosotros, que somos ya

maestros y tú apenas sabes empuñar el arco? Anda, vete, y cuida de tus ovejas.» Aquellos arqueros se estaban preparando para un concurso, y el que resultara vencedor sería obsequiado por el señor de Edric con una bolsa de oro, y, como es natural, a los arqueros no les convenía un nuevo competidor. Edric, ante la grosera contestación que recibió, se calló y se limitó a



presenciar los entrenamientos de los demás. Cuando más entusiasmado estaba, se dió cuenta de que tenía abandonado su rebaño y acudió prontamente a su busca. No había aún llegado, cuando vió con gran espanto a un águila de enormes proporciones que amenazaba atacar el rebaño. «Los propósitos de este bicho no tienen que ser muy buenos—pensó—, debo evitar que

haga algún zafarrancho.» Inmediatamente corrió hacia el lugar en que se encontraba el rebaño, y sacando de su carcaj la mejor flecha que tenía, la preparó, a fin de que no le fallara el golpe. El águila, entretanto, evolucionaba descendiendo cada vez más y con ojos hambrientos se fijaba en un inocente corderillo que había de sufrir, si el pastor no lo remediaba, su sangui-

naria crueldad. El águila estaba ya casi encima del rebaño, no había minuto que perder. Edric empuñó el arco, colocó la flecha, y aunque al principio tenía cierto nervosismo, cosa muy natural, logró rehacerse, recobró su sangre fría, y apuntándola fijamente, disparó. Un gran silbido se oyó al momento de disparar, era el producido por la flecha al salir disparada y que fue a



clavarse en el corazón del águila. El animal, al sentirse herido, se desplomó y cayó pesadamente a tierra, con gran alegría de Edric, pues no sólo salvó a su rebaño de un enemigo, sino que acababa de conseguir un gran éxito como tirador de arco. En este momento daba la casualidad de que el Barón y su esposa se dirigían con los demás arque-

ros al sitio donde debía tener lugar el concurso, y al ver lo que Edric acababa de hacer, a pesar de lo joven que era y la poca experiencia que tenía, le felicitó cordialmente. Pero la alegría mayor que Edric experimentó fue en el momento en que la Baronesa le entregaba la bolsa de oro ofrecida a los demás arqueros, pues según ésta tenía mucho

más mérito la hazaña realizada por el muchacho, que el tirar al blanco, que era en lo que consistía el trabajo de los otros y que no reportaba ninguna utilidad. De este modo el valiente muchacho despreciado por los arqueros, les arrebató el premio preparado para éstos.

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



«Oye, preguntó «Churrete» al negrito: ¿qué haces ahí metido como si fueses un canario, digo un mirlo? ¿Te

tienen castigado por no querer ir a la escuela.» «No, contestó el negrito; yo soy un prisionero del rey Babú y me

están cebando para que le sirva de postre el día de su santo.» «Pues se va a quedar con las ganas», dijo «Churrete». (Continuará.)